

Parashat
Rosh Hashaná

♦ 99 ♦

א' תשרי תשפ"ז

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינובין שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

El poder de las lágrimas

Se cuenta acerca del Rav Hakadosh, Rabí Bunem de Peshisja, zal, que llegó ante Harav Hakadosh, el Jozé Milublin ('el Vidente de Lublin'), zal, en la víspera de Rosh Hashaná, para recibir su bendición para el nuevo año.

El Jozé lo bendijo conforme a su deseo, pero, para sorpresa de Rabí Bunem, añadió:

—Debes saber que veo que este año será muy difícil para ti en lo que respecta al sustento. Perderás toda tu fortuna y no te quedará absolutamente nada.

Y tal como el Rebe lo había dicho, así ocurrió. Mes tras mes, la situación económica de Rabí Bunem fue empeorando, hasta el punto de no tener con qué mantener a los miembros de su familia.

En su angustia, decidió emprender un largo viaje en busca de algún trabajo ocasional. Sin embargo, tampoco esta iniciativa tuvo éxito.

Una noche, mientras se encontraba en tierras extrañas, reflexionó sobre su situación y comprendió que ya no le quedaba esperanza alguna. Con el corazón destrozado, sus ojos comenzaron a derramar lágrimas. Entre sollozos suplicó, desde lo más profundo de su corazón, que tuvieran misericordia de él desde el Cielo y le concedieran abundancia material, para poder regresar a su hogar y llevar alimento a la boca de sus pequeños hijos.

A la mañana siguiente recogió sus pertenencias y emprendió el camino de regreso a su ciudad, confiando plenamente en la ayuda de Hashem.

Y, efectivamente, ese mismo día llegó hasta él un emisario enviado por una distinguida señora de su ciudad, que deseaba contratarlo para un trabajo, ofreciéndole una remuneración muy generosa.

Pero Rabí Bunem, que acababa de regresar de una dolorosa peregrinación en busca de cualquier medio de subsistencia, reunió valor y respondió al emisario que no estaba dispuesto a trabajar como un simple empleado. Deseaba participar en el negocio como socio, compartiendo las ganancias en igualdad de condiciones. Aquella mujer, que conocía perfectamente la difícil situación económica de su hogar, quedó muy sorprendida.

«¡Precisamente ahora, cuando el rabino atraviesa una situación tan desesperada! ¿Cómo es posible que no quiera aceptar un empleo con un sueldo fijo? Más aún: pretende ser socio en el negocio y repartir las ganancias por igual».

Así pensaba para sus adentros. Sin embargo, finalmente accedió a aceptar al rabino como socio y a dividir con él las ganancias en partes iguales.

Naturalmente, Rabí Bunem volvió a enriquecerse.

Cuando regresó nuevamente ante su santo maestro, el Jozé de Lublin, y le relató todo lo que había sucedido, su Rebe le respondió:

—En efecto, el decreto celestial se cumplió. Sin embargo, “las puertas de las lágrimas nunca se cierran”, y fueron precisamente tus lágrimas las que atrajeron para ti una nueva abundancia, una abundancia que antes no estaba destinada para ti.

Vemos claramente en esta historia hasta dónde llega el poder de las lágrimas, pues son eficaces incluso después de que ya se ha dictado un decreto celestial.

No obstante, debemos saber que siempre es mejor adelantarse. Ahora que nos encontramos en estos días trascendentales del Juicio, corresponde a cada persona despertar el llanto durante su oración, tanto por sí misma como por los miembros de su familia, y también por la elevación del Pueblo de Israel.

Y, en mérito de ello, seamos dignos de un año de salvación y de misericordia.

Todos los habitantes del mundo pasan delante de Él como un rebaño

«En cuatro ocasiones el mundo es juzgado... En Rosh Hashaná, todos los habitantes del mundo pasan delante de Él [...] como un rebaño, tal como está dicho: “Él, que modela el corazón de todos ellos, comprende todas sus obras”» (Tratado de Rosh Hashaná 16a).

En el libro Tiféret Shelomó se explica:

«En Rosh Hashaná todos los habitantes del mundo pasan delante de Él [uno por uno] como un rebaño [delante del pastor]. Más adelante, la Guemará (ibid.) pregunta: “¿Por qué ordenó la Torá traer el ómer en Pésaj? Para que bendiga para ustedes la cosecha de los campos...”. Asimismo: “Recitad ante Mí los versículos de Maljuiot (el reinado del Hashem), Zijronot (recuerdos: el recuerdo de los méritos de los Patriarcas de la nación judía) y Shofarot (los toques de shofar), para que Me proclaméis Rey sobre vosotros... ¿Y con qué? Con el shofar”».

Y continúa explicando:

«Comencemos interpretando el versículo: “Él anuncia Sus palabras a Yaakov, Sus estatutos y Sus leyes a Israel” (Tehilim 147:19). Es sabido que la palabra “dibur” (דיבור: ‘habla’) alude a severidad y rigor. Hakadosh Baruj Hu nos dio un medio para endulzar esos rigores con misericordia: la Torá y las mitzvot, que representan el Atributo de Bondad, como está escrito: “La Torá de bondad está en su lengua” (Mishlé 31:26).

»Por ello, en estas cuatro épocas del año en las que el mundo es juzgado, la Torá nos ordenó una mitzvá correspondiente. En Pésaj, cuando se juzga la cosecha, ordenó traer el ómer; mediante esta mitzvá —que pertenece a la “Torá de bondad”— los juicios severos se endulzan. En Shavuot, cuando se juzgan los frutos de los árboles, ocurre lo mismo. Y en Rosh Hashaná la mitzvá es tocar el shofar; al convertirse ese acto en el cumplimiento de un precepto que la Torá ordenó realizar en ese día, los juicios se endulzan por medio de la Torá de bondad y se transforman en misericordia y bendición». Amén.

Al comenzar este nuevo año, adelantemos nuestras más sinceras bendiciones a Rabenu, nuestro maestro y rabino, el tzadik, Rabí Gamliel Rabinovitch, shelita, que viva largos y buenos años; a sus distinguidos y apreciados hijos y yernos, que siempre comparten con él la carga de la sagrada labor; a todos los que trabajan y colaboran en esta obra santa; a todos los miembros de la comunidad hakedoshá y a toda la Casa de Israel:

¡Que sean inscritos y sellados de inmediato para un año bueno y para una vida buena! Amén.

«No hay límite para Tus años»

Harav Hakadosh Rabí Eliézer de Dzikov, zal, era consuegro del Rebe de Tzanz, autor del Divré Jaím, zal.

Ocurrió una vez, poco antes de los Yamim Nora'im, que el Rebe de Dzikov enfermó gravemente y estuvo al borde de la muerte. Envío inmediatamente un emisario de confianza para que lo recordaran en las plegarias del gran líder de Israel en Tzanz y despertaran misericordia por él en los Cielos, pues todavía tenía a su cargo la pesada responsabilidad de criar a sus pequeños hijos. «¿Quién se ocupará de ellos si, D-íos no lo quiera, llego a faltar?», suplicó. El Divré Jáim respondió:

—Eso no constituye un problema. Yo mismo me comprometo a criarlos y mantenerlos dignamente.

Cuando esta respuesta llegó hasta el lecho del enfermo, el Rebe de Dzikov pidió al emisario que regresara inmediatamente a Tzanz y transmitiera al Tzadik el siguiente mensaje:

—Cada año, cuando me acerco al atril de la sinagoga de Dzikov para dirigir la plegaria de Musaf de Rosh Hashaná, en el momento en que comienzo el piyut «Ein Kitzvá Lishnoteja» (No hay límite para Tus años'), se produce una gran alegría en todos los mundos celestiales. Toda la corte celestial acude a escuchar ese canto, y ello produce un inmenso contentamiento delante del Rey Supremo en el Día de Su Reinado. Si yo partiera ahora de este mundo, ¿quién elevaría ese contentamiento ante Él?

Cuando el emisario regresó por segunda vez con estas palabras, el Rebe de Tzanz se conmovió profundamente. Se levantó de su asiento envuelto en un fuego de santa inspiración y exclamó:

—¡Tiene razón mi consuegro! ¡No existe en el mundo quien pueda reemplazar su interpretación de «Ein Kitzvá»! Inmediatamente el santo Tzadik se envolvió en su manto, tomó su bastón y se dirigió a la mikvé para implorar por la salvación de su consuegro.

Al salir de la mikvé irradiaba una inmensa alegría y dijo:

—¡Gracias a Hashem, mi consuegro ha obtenido una completa curación! Y, efectivamente, se recuperó rápidamente de aquella gravísima enfermedad y vivió todavía más de veinte años después de aquel episodio.

(Prativot), colección n.º 130830-2)

¡El temor y el respeto del Día del Juicio!

Un jasid compareció ante su maestro, el santo autor del Tania, zal, y le pidió un consejo acerca de la oración.

LA ESENCIA DE LA PLEGARIA

Una colección de discursos, ensayos e ideas



Por el Gran Hombre, Maestro y Místico
Harav Gamliel Rabinovitch, shlita

—¿Cómo puedo llegar a sentir verdaderamente que estoy de pie delante del Rey? Esa intención es esencial en la oración, como es sabido (véase Jidushé Hagriz, Hiljot Tefilá 4:1).

El autor del Tania le preguntó:

—¿Qué ocurre ahora? ¿Cómo has rezado hasta este momento? ¿Por qué vienes recién ahora a pedir consejo?

El hombre respondió:

—Hace aproximadamente seis años tuve que viajar a la capital. Al pasar junto al palacio imperial vi a dos gendarmes golpeando con fuerza a uno de los guardias que custodiaban la entrada.

»Sucede que, en el enorme frío de Rusia, a los guardias se les podría congelar las orejas, pero, por el temor que le tienen al rey, están en constante movimiento, lo que evita el congelamiento. La unidad de gendarmes supervisa a los guardias, para que no se les congelen las orejas.

»Aquellos gendarmes golpeaban con el látigo al guardia pues su oreja se había congelado; mientras lo hacían le gritaban: "¿Cómo es posible que se te haya congelado la oreja mientras hacías guardia?! ¡Es una prueba evidente de que no comprendes qué significa la majestad del rey ni la responsabilidad de custodiar su palacio! ¿Así se permanece de servicio delante del rey? ¡Todos tus huesos deberían arder de temor ante él!".

El jasid concluyó:

—Durante seis años, antes de cada tefilá, recordé aquella escena. Pensaba: si así es el temor que inspira un rey de carne y hueso, ¡cuánto más cuando uno comparece ante el Rey de reyes, Hakadosh Baruj Hu!

»Pero ahora, después de seis años, ya me he acostumbrado tanto a este relato que siento que ha dejado de impresionarme como antes. Por eso necesito una nueva inspiración que fortalezca mi manera de rezar.

Compensando un viaje de Rosh Hashaná al Rebe

Uno de los más destacados discípulos de Rabí Yehoshúa de Belz era el gran rabino de Ratzfert, uno de los principales líderes rabínicos de Hungría y antiguo alumno del Jatam Sofer. Por su enorme humildad, rehuía dar bendiciones. Solía decir que el poder de bendecir pertenecía a los grandes Tzadikim, y por ello enviaba a quienes se lo pedían a recibir la bendición del Rebe de Belz, limitándose él a ofrecer consejos.

Un año viajó a Belz para pasar Shavuot donde su maestro, el Rebe de Belz. En el camino hizo una parada en Lizhensk, donde pasó largo tiempo orando junto a la tumba de Rabí Elimélej de Lizhensk. Entre todas sus súplicas había una que ocupaba especialmente su corazón: pedía que, si alguna vez se veía obligado a bendecir a alguien, sus bendiciones fueran aceptadas en el Cielo y nunca quedaran sin efecto.

Cuando terminó de rezar y salió del recinto, se llevó una enorme sorpresa: allí estaba su propio maestro, el Rebe de Belz, que acababa de llegar al lugar. Apenas lo vio, el Rebe sonrió y le dijo:

—¡Rabino de Ratzfert, bendígame!

El rabino quedó profundamente conmovido. Nunca antes su maestro le había pedido una bendición. Comprendió entonces que su plegaria acababa de ser aceptada en el Cielo, y bendijo al Rebe con todo su corazón y con cuantas bendiciones pudo pronunciar.

Poco tiempo después, el Rebe de Belz falleció. Entonces el rabino recordó, con gran pesar, que en aquella ocasión no había incluido entre sus bendiciones un deseo de larga vida y muchos años para su maestro. Desde ese día, tomó la costumbre de bendecir a toda persona que acudía a él con las palabras:

«Que seas merecedor de largos y buenos años de vida». Amén. Tiv Hamaasiot